

allí aun la altísima pirámide construida por los Toltecas, donde ántes hubo un templo consagrado á aquella falsa divinidad, y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios; pero por causa de su antigüedad se ha cubierto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que mas parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuales eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla (1). Se sube á la cima por un camino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo á caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construido por los Toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé, y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, á tres millas al Norte de aquel pueblo, y á mas de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demas templos de aquel pais, estaban consagrados uno al sol, y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra, y cubiertos de oro. El del sol tenia una gran concavidad en el pecho, y en ella la imágen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos por órden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizás hay algunos todavía. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veinte toesas de largo, ochenta y seis de ancho, y

de Cholula, y todas son de mezquitas." Carta á Carlos V, del 30 de octubre de 1520. El conquistador anónimo contó, segun afirma, ciento noventa torres, entre palacios y templos. Bernal Diaz dice que pasaban de ciento, pero probablemente contaria las mas notables por su altura. Algunos escritores posteriores dijeron que estas torres eran tantas, cuantos los dias del año.

[1] Betancourt dice que la altura de la pirámide de Cholula era de mas de cuarenta estadas, es decir, mas de doscientos cinco piés de Paris; pero esta medida no es exacta, pues indudablemente aquella elevacion no bajaba de quinientos piés.

la altura de todo el edificio corresponde á su mole (1). El de la luna tiene en su base ochenta y seis toesas de largo, y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos, y con otras tantas escaleras, dispuestas como las del templo mayor de México; mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas, y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veian muchos montecillos, que segun dicen, eran otros tantos templos, consagrados á diferentes planetas y estrellas; y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosos, fué llamado por los antiguos Teotihuacan.

El número de los templos que habia en todo el imperio mexicano era muy considerable. Torquemada dice que eran mas de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número, si se cuentan los pequeños, pues no habia lugar habitado, sin su templo, ni pueblo de alguna estension que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era, por lo comun, como la del templo mayor de México; pero habia otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera; otros de un cuerpo y de varias escaleras, como se verá en la estampa adjunta, copiada de otra que publicó Diego Valadés en su *Retórica Cristiana* (2).

(1) Gemelli midió aquellos templos en largo y ancho; mas no pudo medir la altura por falta de instrumentos. Boturini midió la altura; pero cuando escribió la obra, no tenia consigo las medidas, aunque le parecia haber hallado en el templo del sol doscientas brazas castellanas de alto, esto es, ochenta y seis toesas. Este autor dice que aquellos edificios estaban vacíos en su interior; pero se olvidó de su figura, cuando dijo que eran exactamente cuadrados. El Dr. Sigüenza observó curiosa y diligentemente aquellos célebres monumentos de la antigüedad americana; mas se perdieron sus preciosos manuscritos.

[2] Diego Valadés, franciscano, despues de haberse empleado muchos años en la conversion de los Mexicanos, pasó á Roma, donde fué nombrado procurador general de su órden. De allí á poco publicó en Perugia su erudita y apreciable obra latina, intitula-

163

No contenta la supersticion de aquellos pueblos con tan gran número de templos construidos en sus ciudades y villas, habia muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para escitar donde quiera la idólatra devocion de los viandantes, y para celebrar sacrificios á los dioses de los montes, y á los otros númenes campestres.

RENTAS DE LOS TEMPLOS.

Las rentas del templo mayor de México, como las de los otros de la corte y del imperio, eran cuantiosas. Cada uno tenia sus posesiones y tierras propias, y aun labradores para trabajarlas. De estos bienes salia todo lo necesario para la manutencion de los sacerdotes, y la leña que en gran cantidad se consumia en los templos. Los sacerdotes, que hacian de mayordomos, iban frecuentemente á aquellas haciendas, y los que en ellas trabajaban se creian muy felices por contribuir con sus fatigas al culto de los dioses, y á la manutencion de sus ministros. En el reino de Acolhuacan, las veintinueve ciudades que suministraban las provisiones al real palacio, las daban tambien á los templos. Es de creer que el distrito llamado *Teotlalpan* (tierra de los dioses), tendria este nombre por ser una posesion religiosa. A esto se añadian las infinitas oblaciones que espontáneamente hacian los pueblos, y que se componian, por lo comun, de víveres; las primicias que ofrecian por las lluvias oportunas y por los otros beneficios del cielo. Cerca de los templos habia almacenes en que guardaban los comestibles para el mantenimiento de los sacerdotes, y anualmente se distribuia lo que sobraba entre los pobres, para los cuales habia hospitales en los pueblos grandes.

NUMERO Y GERARQUIAS DE LOS SACERDOTES.

A la muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos, correspondia el número de sacerdotes, que se componian, por lo comun, de tres órdenes. El primero era el de los sacerdotes mayores, que se componian de los sacerdotes de los templos mayores, y de los sacerdotes de los templos menores. El segundo era el de los sacerdotes menores, que se componian de los sacerdotes de los templos menores, y de los sacerdotes de los templos mayores. El tercero era el de los sacerdotes menores, que se componian de los sacerdotes de los templos menores, y de los sacerdotes de los templos mayores. El número de sacerdotes de cada órden era de trescientos. Cada templo tenia un cierto número de ministros, por lo que no seria temeridad asegurar que no habia ménos de un millon en todo el imperio. Contribuian á su multiplicacion el sumo respeto con que eran tratados, y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos á porfia por algun tiempo al servicio de los santuarios: la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego, y otras análogas; persuadidos unos y otros de que era la mayor distincion con que podian condecorar á sus familias.

ro de los sacerdotes, y la veneracion con que se miraban, no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que habia en el imperio, se puede calcular por el de los que residian en el templo mayor, pues subia, segun los historiadores, á cinco mil. No debe estrañarse, pues solo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenia un cierto número de ministros, por lo que no seria temeridad asegurar que no habia ménos de un millon en todo el imperio. Contribuian á su multiplicacion el sumo respeto con que eran tratados, y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos á porfia por algun tiempo al servicio de los santuarios: la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego, y otras análogas; persuadidos unos y otros de que era la mayor distincion con que podian condecorar á sus familias.

Habia muchos grados ó gerarquías entre los sacerdotes. Los gefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes, á quienes llamaban *Teoteuctli*, señor divino, y *Hueiteopixqui*, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se conferia sino á las personas mas ilustres, por su nacimiento, por su probidad, y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los mas graves negocios del estado, y nunca se emprendia la guerra sin su consentimiento. Ellos eran los que ungian á los reyes despues de su eleccion; los que abrian el pecho, y arrancaban el corazon á las víctimas humanas en los mas solemnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre en el reino de Acolhuacan el hijo segundo del rey. El de los Totonacas era ungido con sangre de niños, y esta ceremonia se llamaba *uncion divina* (1): lo mismo dicen algunos autores del de México.

[1] El P. Acosta confunde la uncion divina del

De lo referido podrá inferirse que los sumos sacerdotes de México eran gefes de la religion en aquel estado, y no en las otras naciones conquistadas, las cuales aun despues de haber sido agregadas á la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se conferia por eleccion; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes, ó los que elegian el gefe político del estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las fiestas grandes usaban trages muy adornados, en que se veian las insignias del númen, cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los Mixtecas se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología; sobre ella un roquete blanco, y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas, y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo, y otro del brazo.

Despues de esta suprema dignidad sacerdotal, la mas elevada era la del *Mexicoteohuatzin*, que el mismo gran sacerdote conferia. Su obligacion era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias, y sobre la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios, y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenia dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran *Huitznahuatohuatzin* y *Tepanteohuatzin*. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del *Mexicoteohuatzin* era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El *Tlatquimilolteuctli* era el ecónomo de los santuarios; el *Ometochili*, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el *Epoacuiltzin* (1), el maestro de

sumo sacerdote con la del rey; pero eran enteramente diferentes. La unción del rey se hacia con cierta tinta.

(1) Torquemada llama á este sacerdote *Epcualiztli*, y ei Dr. Hernandez: *Epoacuacuiliztli*; pero los dos se engañan.

ceremonias; el *Tlapixcatzin*, el maestro de capilla, el cual no solo disponia la música, sino que dirigia el canto, y corregia á los cantores. Habia otros superiores inmediatos de los colegios de los sacerdotes consagrados á diversos dioses, cuyos nombres omito por no parecer difuso (1). A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de *Teopixqui*, es decir, custodio ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, habia un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, á quien tocaba dirigir allí las fiestas y los otros actos religiosos. Todos estos ministros dependian del *Mexicoteohuatzin*.

FUNCIONES, TRAGE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividian entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores, y los otros adivinos; unos compositores, y otros cantores de himnos. Entre estos, unos cantaban de dia, y otros de noche. Los habia para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instruccion de la juventud; el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al dia incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, á medio dia, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacia por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros mas condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de dia y cinco de noche. El perfume de que usaban era copal, ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servian de chapopotli ó betun judaico. Los incensarios eran ordinariamente de barro, pero habia algunos de oro. Los sacerdotes, ó al menos algunos de ellos, se teñian diariamente el cuerpo con

[1] Quien desée saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro 8 de Torquemada, y la relacion de Hernandez, que insertó Nieremberg en su Historia Natural.

tinta hecha del hollin de ocotl, que era una especie de pino bastante aromático: sobre aquella costra se ponian ocre ó cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era otro que el comun del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida mas austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los piés. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón, y los untaban con tinta; resultando un grueso volúmen, no ménos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Ademas de la unción ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y mas abominable, siempre que hacian sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de culebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero con hollin de ocotl, con tabaco, con la yerba ololihqui, y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confeccion á sus dioses, y despues se ungian con ella todo el cuerpo. Despues arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrian hacerles ningun mal, ni las fieras de los bosques, ni los insectos mas maléficos. Llamaban á aquella untura *teopatli*, es decir, medicamento divino, y la creían eficaz contra toda especie de enfermedades; por lo que, solian darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados de recoger los bichos necesarios para su composicion; por lo que, acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdian el miedo á los animales venenosos, y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse tambien del *teopatli* para los encantos, y de otras ceremonias supersticiosas y ridículas, juntamente

con cierta agua que bendecian á su modo, particularmente los sacerdotes del dios *Ixlitlon*. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jamas, ántes bien raras veces bebían vino. Los de *Tezcatzoncatl*, despues de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada dia al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas habia una agujereada: cada uno tomaba la suya; y aquél á quien tocaba la agujereada, era el único que podia beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstenerian de tocar á otra muger que á la legítima, afectando tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en *Teotihuacan* estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que lo mataba de noche á palos. En *Ichcatlan* el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicacion con mugeres. Si por su desgracia faltaba á este deber, moria irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que le sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los ejercicios nocturnos de la religion, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó les perforaban los labios ó las orejas; y los que reincidian en esta ó en otra culpa, morian ahogados en el lago, despues de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacian al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivian ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores.

LAS SACERDOTISAS.

El sacerdocio no era perpetuo entre los Mexicanos: sin embargo, habia algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacian por algun tiempo, ó para cumplir un voto de sus

padres, ó por su propia devocion. Tampoco era el sacerdocio propiedad esclusiva del sexo masculino, pues habia mugeres que ejercian aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrian el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacia diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podian hacer sacrificios, y estaban escludas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas habia algunas consagradas desde la niñez por sus padres; otras, en virtud de algun voto que hacian por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servian en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagracion de las primeras se hacia del modo siguiente: cuando nacia la niña, la ofrecian sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y este al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Despues de dos meses la llevaban al templo, y le ponian en las manos una granadilla y un pequeño incensario, con un poco de copal, para significar su futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblacion, juntamente con la de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin, y este la ponía en un seminario, donde la instruian en la religion, en las buenas costumbres, y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algun voto particular, lo primero que hacian era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivian con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas ántes de media noche, otras á media noche, y otras al rayar el dia, para atizar y avivar el fuego, y para incensar á los ídolos; y aunque asistian algunos sacerdotes á la misma ceremonia, habia una separacion entre ellos, formando los hombres un ala, y las mugeres otra, aquellos y estas á vista de sus superiores, para que no hu-

biese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles, y barrian el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas, para vestir á los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este género era imperdonable. Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temia que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á la edad de diez y siete años, que era, en la que por lo comun se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presentaban al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices, y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban gracias por el esmero que habia puesto en la educacion de su hija, y le pedian licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondia con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedia, y exhortando á la jóven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

#### DIFERENTES ORDENES RELIGIOSAS.

Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mugeres, merece particular mencion la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno y otro sexo, dedicados á este imaginario númen, se observaba una vida estraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche, y velaban hasta dos horas ántes del dia, cantando himnos á su dios, y ejercitándose en varias penitencias. Tenian libertad de ir á los montes, á cualquier hora del dia y de la noche, á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban, en virtud de su gran reputacion de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban

tambien el nombre de Quetzalcoatl, y tenian tanta autoridad, que á nadie visitaban si no es al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño, y él tomándolo en brazos, lo ofrecia, pronunciando una oracion á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar, que debia llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplia dos años, le hacia el superior una incision en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagracion. Cumplidos los siete años, entraba en el monasterio, despues de haber oido de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres, á obedecer á sus superiores, y á rogar á los dioses por los autores de su vida y por toda la nacion. Esta órden se llamaba *Tlamacaxcayotl*, y sus individuos *Tlamacazques*.

Otra órden habia consagrada á Tezcatlipoca, que llamaban *Telpochtiliztli*, ó coleccion de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábanse tambien desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivian en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenian en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigia, y una casa en que al ponerse el sol se reunian á bailar, y á cantar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desórden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigurosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

En los Totonacas habia una órden de monges, dedicados al culto de la diosa Centeotl. Vivian en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando aparte la supersticion y la vanidad, era realmente irreprochable. En este monasterio no entraban sino hombres de mas de sesenta años, viudos, de buenas costumbres, y sobre todo, castos y ho-

nestos. Habia un número fijo de monges, y cuando moria uno, le sustituian otro. Eran tan estimados, que no solo los consultaban las gentes humildes, sino los personajes mas encumbrados, y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos hasta por los mismos reyes de México. Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo.

SACRIFICIOS COMUNES DE VICTIMAS HUMANAS.

Pero el empleo mas importante del sacerdocio, la principal funcion del culto de los Mexicanos, eran los sacrificios que hacian, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiria de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debe producirle la relacion de tanta abominacion y crueldad; pues aunque apenas hay nacion en el mundo que no haya practicado aquella clase de sacrificios, dificilmente se hallará una que los haya llevado al esceso que los Mexicanos.

No sabemos cuales eran los sacrificios que usaban los antiguos Toltecas. Los Chichimecas estuvieron mucho tiempo sin practicarlos; pues al principio no tenian ídolos, templos ni sacerdotes, ni ofrecian otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, sino yerbas, frutas, flores y copal. No se ocurrió á aquellos pueblos la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que dieron el ejemplo los Mexicanos, borrando entre las naciones vecinas, las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decian acerca del origen de tan bárbara práctica, y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros Xochimilcos, cuando los Mexicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras estos se hallaban encerrados en el lago, y sometidos al yugo de los Tepanecas, es de creer que no serian muy comunes aque-

SACRIFICIO ORDINARIO.

